

El renacer de la imprenta en las misiones guaraníes.

Por Lucio F. Aquilanti

Las misiones guaraníes y sus mentores.

Sin intentar justificar ni coincidir con las acciones evangelizadoras llevadas a cabo por los jesuitas en la América Meridional, debemos destacar que la conquista espiritual del Río de la Plata, en un principio se vio regida por un intento de transculturación y de integración con los pueblos, en lugar del dominio, la aculturación y sojuzgamiento que por lo general practicaban las órdenes religiosas que viajaban imponiendo sus creencias. El lema de Ignacio de Loyola (fundador de la Compañía de Jesús), era contundente: “*Vayan y enciendan el mundo*”.

Aquí, en *el Paraguay*, los misioneros lograron organizar a los nativos en verdaderas ciudades a las que llamaron doctrinas o reducciones. Los guaraníes, que vivían en pequeños grupos de diez o quince personas escondidos en la selva, accedieron a convivir en pueblos multitudinarios, conquistando la producción organizada, aprendiendo a vivir comunitariamente y acercándose a la vida política.

Pero quiénes fueron estos europeos que dejaron todas las comodidades de la civilización occidental por esta causa.

Sin duda, el Padre Ruiz de Montoya fue el gran mentor de estas ciudades. Militar, misionero, filólogo y cartógrafo, nació en Lima en 1585. Luego de perder a su padre a la edad de nueve años, decide emularlo e ingresa en la carrera de armas y se dirige a Chile.

En el año 1606 abandona la carrera militar y se incorpora a la Compañía de Jesús. Cuando aún no había terminado el noviciado y deseoso de consagrarse a la reducción de los naturales integra la expedición al Paraguay con el fin de fundar las Misiones. En 1608 hace los primeros votos, y abandona la ciudad de Asunción, para ir a catequizar a los nativos internándose en la selva. Sus excelentes cualidades como orador, su voluntad, ingenio y espíritu fueron la materia de que se sirvió para edificar varios pueblos y convertir a millares de indígenas que se sentían cautivados ante la convicción y devoción de sus palabras.

A mediados del S.XVII, escribe y publica “Conquista Espiritual” (en donde dedica un capítulo entero a la descripción de la zoología del Río de la Plata y un estudio sobre la yerba mate), también el “Tesoro de la Lengua Guarani” y el “Arte de la Lengua Guarani”.

En 1620, ya a cargo de 23 reducciones como Superior, se dirigió a Madrid con el fin de entrevistarse con el Rey para argumentar su descargo en contra de las acusaciones que se le hacían a la Compañía de Jesús por parte de algunos sectores de la iglesia y ciertos españoles (una de las acusaciones, referente a la enseñanza del guaraní).

Logra su cometido mostrando al soberano los progresos de que habían sido capaces los indígenas tanto en sus convicciones religiosas como en los oficios y las artes, en la escultura en piedra, arcilla o madera, en la pintura, en el canto y la música, o en el arte de copiar textos manuscritos, cosa que hacían tan bien que, a decir de algunos misioneros, imitaban las letras de imprenta de tal modo que no se podía distinguir el original de la copia. Los guaraníes tenían una extraordinaria habilidad para imitar. Los indígenas no sólo tocaban violas, celos y violines, requintos e instrumentos de viento, sino que ellos mismos los fabricaban, con tal virtuosismo, que gran parte de éstos fueron enviados a los conventos de Europa para asombro de los maestros que hallaron no sólo una excelente confección sino que descubrieron las magníficas

maderas con que estaban contruidos. Es más, el Padre Antonio Sepp, uno de los grandes músicos de las misiones, escribe: *“tenemos dos órganos, de los cuales uno fue traído de Europa, mientras el otro ha sido hecho por los indios tan idénticamente que al principio yo mismo me confundí, tomando el indígena por el europeo... Las trompetas son idénticas a las de Nüremberg... en una palabra, los indios imitan todo, mientras tengan un modelo o ejemplo...”*

Ruiz de Montoya también aprovecha ese viaje a España para obtener la gracia de adquirir armas para que los indios pudieran defenderse de los paulistas. A pesar de ello, los bandeirantes siguieron hostigando y capturando a los indígenas, por lo que decide trasladar reducciones enteras hacia el sur implicando ello un éxodo de gigantescas proporciones del que hablaremos más adelante.

Como constructor de varias poblaciones y viajero de la región, trazó planos e hizo un mapa de la zona.

Gracias a su impulso se fundaron once reducciones: San Francisco Javier (1622), Concepción, (1622), San José (1625), Encarnación (1626), San Miguel (1626), San Antonio (1627), San Pedro (1627), San Pablo (1627), Arcángeles (1628), San Tomás (1628) y Jesús María (1628).

El Padre Ruiz de Montoya muere en la ciudad de Lima en 1652. Los guaraníes caminaron hasta la ciudad peruana y exigieron la entrega de sus restos, conduciéndolos hasta Loreto en donde lo sepultaron, tal como había sido la voluntad del sacerdote: descansar entre los indios que tanto había amado y protegido. El cortejo fue imponente, pero el trayecto fue una verdadera apoteosis. Según refiere un testigo, su fama de santidad era tal que *“fue necesario defenderlo y enterrarlo aprisa porque no lo acabaran de desnudar y cortarle los dedos y cabellos para reliquias”*.

“Mi pretensión –escribía Montoya en La Conquista Espiritual- es poner paz entre españoles e indios, cosa tan difícil, que en más de cien años que se descubrieron las Indias Occidentales hasta hoy no se ha podido alcanzar”.

.....

Cada reducción contaba con sólo tres o cuatro jesuitas: el cura, un compañero y a menudo, un hermano coadjutor. La excepción era Candelaria, que por ser Sede del Superior de las Misiones y encontrarse allí los almacenes generales, había de 5 a 7 jesuitas. De manera que el número de misioneros en el conjunto de las treinta reducciones no excedió jamás el total de ochenta. En el momento de la expulsión, había en total tan sólo 77 misioneros.

Hacia 1670, España tenía dificultades para abastecer a las Misiones del Paraguay de misioneros calificados para el desempeño de determinadas industrias y oficios. Debido a ello, el P. Sebastián Izquierdo (Asistente en Roma por las Provincias de España) formula un urgente llamado al monarca para que autorizara el envío a América de jesuitas de origen alemán e italiano.

En consecuencia en 1674 se expide una Real Cédula, que estipulaba que la tercera parte de los miembros de las expediciones jesuíticas podían ser extranjeros.

Esta valiosa inmigración iniciada entonces, determinó un constante aporte de hombres seleccionados rigurosamente, entre los que hubo insignes misioneros, figuras excepcionales por sus virtudes, su ciencia o sus extraordinarias habilidades técnicas.

Entre otros, arribaron el Padre Ladislao Orosz, húngaro, el Padre Dobrizhofer, austriaco, el Padre Antonio Sepp, tirolés, y pieza clave para la construcción de la imprenta por haber descubierto hierro en la región y haber conseguido fundirlo, el padre José Jólís, el padre Juan Neumann y sin duda, el padre Paulo Restivo, siciliano, quien fuera el gran filólogo de las misiones y llegara a hablar con gran fluidez el guaraní, y quien junto con Ruiz de Montoya le diera forma a la gramática así como a nuevos signos fonéticos para llevar esta lengua a la escritura por primera vez.

Restivo dedicó la mayor parte del tiempo, siempre acompañado por su inseparable amigo el autor indígena Nicolás Yapuguay, a enseñar el idioma aborigen a los clérigos y, a los indígenas la escritura del guaraní, entendiendo que era esta la mayor herramienta para llevar a cabo la antes mencionada transculturación. No fue sólo un gran filólogo sino que, junto a los padres Neumann y Serrano, fue el precursor del arte tipográfico en el Río de la Plata. Sin embargo, todo su saber y experiencia, solía ocultarlos con humildad en sus obras bajo el anonimato o tras el seudónimo Blas Pretovio (anagrama de su nombre)

Nace la necesidad de una imprenta para estampar en lengua guaraní, y por vez primera, catecismos, gramáticas, vocabularios y manuales para el uso de los sacerdotes y la evangelización. Loreto, cuna del arte tipográfico rioplatense

Obviamente, junto con la escritura del guaraní, nace la necesidad de obtener una imprenta para estampar en esa lengua, catecismos, gramáticas, vocabularios y manuales para el uso de los sacerdotes y obtener así una eficaz herramienta de evangelización.

Esto no será fácil, pero se logrará en una de las más importantes doctrinas de todas las misiones: Loreto.

Por ello, la Reducción Guaranítica “Nuestra Señora de Loreto”, se considera la cuna de la imprenta en el Río de la Plata puesto que de allí surgieron los tres primeros impresos rioplatenses conocidos (bien llamados incunables)

Loreto fue fundada en 1611 por los Padres José Cataldino y Simón Masseta, a orillas del Río Paranapanema, en el Guayrá. Pero debido a la implacable persecución por parte de los bandeirantes, el pueblo debe ser mudado. Como ya hemos dicho, el P. Ruiz de Montoya obtiene de Madrid la gracia de adquirir armas de fuego para repartir entre los indios y que pudieran así protegerse de los Paulistas que intentaban capturarlos y esclavizarlos. Sin embargo, a pesar de haber logrado su misión, no fue suficiente el mero hecho de armar a las improvisadas milicias, y luego de probar todos los medios, reconoce que para salvar a aquellos pueblos no había otra solución que la de trasladarlos hacia el sur.

Por lo tanto, organiza y comienza un éxodo masivo con 12.000 indígenas y todas las conquistas materiales, mudando y refundando la reducción de Loreto por espacio de doce años hasta que en 1632, se establece en forma definitiva sobre la margen izquierda del río Alto Paraná en el actual Departamento de Santa Ana, en la Provincia de Misiones, (a 800 kilómetros de su asentamiento original).

Cuando por primera vez arriba Loreto, Ruiz de Montoya describe el escenario: *“Llegué a la Reducción de Nuestra Señora de Loreto con deseo de ver aquellos dos insignes varones, el P. José [Cataldino] y P. Simón [Masseta]. Hallelos pobrísimos, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal. Tenían los zapatos que habían sacado del Paraguay remendados con pedazos de paños que cortaban de la orilla de sus sotanas [...] pan, vino y sal no se gustó por muchos años; [...] el principal sustento eran patatas, plátanos, raíces de mandioca... . Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para fabricar hostias [...] por no ser cargosos con los indios, teníamos en nuestro huertecillo raíces comunes y legumbres con qué sustentarnos.”*

Sin embargo, con el tiempo Loreto se transformaría en uno de los asentamientos más prósperos que lograran los jesuitas y uno de los más pródigos en su labor evangélica, “civilizadora” y tipográfica.

En una hermosa carta dirigida a Ruiz de Montoya en el año 1639, el Padre Domenech escribe refiriéndose a Loreto: *“...trujimos a este Paraná dos pueblos de sierra... agregáronse, para que comiesen, a S. Ignacio y Loreto, y no es decible cuán bien lo han pasado, dándoles los indios chácaras con gran voluntad y nos tiene admirados la comida de aquellos dos pueblos, que... manan siempre en comida... enviando*

gruesas limosnas al Uruguay, y en esto han excedido los lauretanos, y no piense V.Reverencia. que es lisonja. Todo el día están cantando y tienen más coro que los cartujos: no sé cuánto trabajan, ni de dónde sacan tanta comida. Está la reducción como V.R. la dejó, buenos, hijos y hombres, etc. La iglesia está hecha un brinquiño, que el Padre Juan de Ornos lo ha puesto todo que es gloria”.

Hacia 1644, Loreto contaba con una población de 1476 personas y para el año 1767, el número sobrepasaba el doble. Para esa época, ya disponía de una hermosa iglesia de 63 x 25 mts. con tres naves, crucero y cúpula, y estaba adornada con exquisitas pinturas y cocobolos realizados por los indígenas con destreza sorprendente. En el inventario que se hizo de la reducción cuando se retiraba la orden, no se dejó constancia detallada de las obras bibliográficas que allí había, pero sí que la biblioteca poseía 315 libros.

Oficios, herramientas y materiales para la construcción de la imprenta misionera.

Es allí entonces, en Loreto, donde la primera imprenta rioplatense fue fundada hacia fines del siglo XVII, sesenta y cinco años antes que en Córdoba y ochenta y cinco antes que en Buenos Aires, cuando no existía ni en Asunción ni en Santiago de Chile y cuando aún en las grandes ciudades europeas, se había desarrollado relativamente poco y era enteramente desconocida en importantes centros culturales del viejo continente. Y es también a la Compañía de Jesús a quien debemos la primera imprenta aparecida en Sudamérica, en Lima (1584), y luego la primera que surgiera en el Río de la Plata (1695).

Para 1630, y a tan sólo veinte años de la radicación de los Jesuitas en lo que actualmente es territorio argentino, la Congregación Provincial que fue llevada a cabo en Córdoba, resolvía pedir una imprenta: *“Insistentemente pide [la Congregación Provincial] que nuestro Procurador General nos conceda una imprenta para publicar varias obras en lengua indígena sumamente necesarias”.*

Cuando el Procurador Padre Ferrufino llega a Roma dos años más tarde, entrega al P. General un Memorial en donde dice: *“suplico a V.P. nos mande dar de las provincias de Francia o de Alemania y Flandes algún hermano que entienda de eso [arte tipográfico] para que, comprando una imprenta, se pueda conseguir este efecto de gran importancia para el bien de las almas.”* Pero esto no sería tan fácil.

Hacia 1710, la Compañía de Jesús contaba en todo el mundo con 612 colegios, 157 victoriosos y seminarios, 24 casas profesas, 59 noviciados, 340 residencias, cerca de 200 misiones y 19.998 personas (de las cuales cerca de 8500 eran sacerdotes) Sin embargo, pasaron los años y no se logró conseguir el prometido Hermano tipógrafo para atender el petitorio, lo cual es sumamente lógico si se considera en primer lugar, la escasez de entendidos en el oficio tipográfico en toda Europa, y en segundo término, que los jesuitas tenían asignados a sus expertos en las treinta imprentas que poseían en todo el mundo.

Pero en 1695, Neumann anuncia que *“sus indios habían fabricado una imprenta”.* El Padre Furlong lo relata de la siguiente manera: *“...valiéndose de maderas de la selva americana y fundiendo tipos de estaño que pudieron haber a las manos, y abriendo láminas que grabaron con singular acierto y maestría, fundaron los Jesuitas la primera imprenta rioplatense.”*

No debemos olvidar que esta labor no fue sólo obra de los sacerdotes sino que contaron con la habilidad de los indígenas. El Padre Dobrizhoffer escribía: *“que no pocos de ellos [los indígenas] imprimieron libros, y libros de gran volumen, y no solamente en lengua guaraní sino también en lengua latina, y, [...] ellos mismos fundieron con estaño los caracteres o notas tipográficas”.* Más aún, Juan A. de Lascano afirmaba que después de la expulsión de los Jesuitas, había hallado letras y caracteres de plomo y estaño en las reducciones.

Algunos autores sugieren la posibilidad de varias imprentas en distintas reducciones, argumentando los diversos pies de imprenta. Otros aseveran que se trataba de una única prensa que viajaba por las misiones, y hasta es posible que existieran juegos tipográficos diferentes. Prueba de ello también, sería el hecho de que las ediciones se suceden en los distintos pueblos con intervalo de varios años. Lugones, en “El imperio jesuítico”, da carácter de “translaticia” a la imprenta por parecerle más probable la existencia de una sola. Es también muy coherente la teoría de Furlong que propone que, aunque hubiera sido más fácil a los Jesuitas construir varias prensas, seguramente lo creían ilícito, puesto que en el texto de la Real Licencia no se concedía a los Jesuitas de las Misiones varias imprentas, sino “una imprenta”.

La primera prensa argentina funcionó aproximadamente entre los años 1695 y 1727. Un informe posterior a la expulsión de los Jesuitas describe sumariamente los restos de la imprenta: “...digo que habiéndome informado el teniente gobernador D. Gonzalo de Doblaz, me dice... que efectivamente hay una imprenta en aquel pueblo [Santa María la Mayor] de la que sólo existen los fragmentos de la prensa, que era de madera, muy mal construida, y al presente hecha pedazos, y que en el almacén habría una corta porción de caracteres de estaño... y que como cosa de ningún valor ni de provecho los iban gastando en remendar fuentes y platos de estaño”.

De aquí puede surgir una pregunta: ¿De qué materiales se valieron para la fabricación de esta empresa?

Por supuesto resulta difícil de creer que los indígenas recientemente “civilizados”, pudieran tener tan grandes progresos en el arte de la fundición, como para haber podido realizar los tipos, caracteres y viñetas en sus talleres con tal calidad y elegancia de líneas. Sin embargo, no sólo Furlong, Medina, Sierra u otros autores del siglo XX lo explican sino que, en una obra de nuestra colección, la “Continuatio Laborum...” del P. Antonio Sepp (publicada en Ingolstadt en 1710), pudimos leer lo siguiente: “en este mismo año [1701, prólogo] el Padre Juan Bautista Neumann de la Provincia de Bohemia, dio a luz pública un volumen impreso con caracteres, un Martirologio Romano, [...] y aunque los tipos de la impresión son desiguales a los de las impresiones europeas, son con todo legibles”.

En cuanto al papel (áspero y similar al producido en la España del siglo XVII), sin duda era el elemento más problemático y valioso de toda la labor tipográfica en las reducciones. El Padre Sepp, refiere: “Quiso el Padre Serrano establecer una imprenta y con feliz éxito lo llevó a cabo [...] cierto que fabricar aquí el papel es del todo imposible, y a veces no hay ninguno [...] es forzoso traerlo de Europa, lo que resulta muy caro”. Por su parte, el P. Streicher, en 1725 escribía: “ahora pensamos seriamente en poner una fábrica de papel y otra de vidrio”.

¿Y la tinta? Según Martín Dobrizhoffer, se extraía de la madera de *tapy*: El hollín desprendido de su combustión se recogía en un recipiente, se vertía agua caliente y se mezclaba con goma y azúcar, mientras que el Padre Jolís, escribía sus originales con tinta que él mismo fabricaba con algarrobo y que, según dice, “no resultaba inferior a la europea”.

El hierro, indispensable para la construcción de la máquina, había sido introducido por los jesuitas con éxito. A diferencia del resto de los conquistadores que llegaron a las indias con abalorios y espejos para ganar la confianza del indígena, los jesuitas lo hicieron portando herramientas de hierro, gozando del prestigio entre los guaraníes por haber obsequiado arpones para la pesca, anzuelos, agujas, cuchillos, rejas de arado y especialmente por las hachas que transformaron la productividad agrícola y sin duda, produjeron “una verdadera revolución cultural”.

El P. Sepp cuenta que entre los materiales que serían utilizados para la construcción del pueblo misionero de San Juan Bautista, encontró una piedra llamada “*itacuri*”, perteneciente a las hematitas y que contiene aproximadamente el 60% de hierro puro. Allí instaló hornos para su fundición y cuando el hierro aún estaba al rojo, lo templaba en agua fría.

La conquista de estos logros permitió la construcción de la tan deseada imprenta, poniendo en manos de los sacerdotes jesuitas una de las herramientas más útiles y preciadas para su labor evangelizadora.

En la actualidad, lamentablemente, se desconoce el paradero de lo que fuera la máquina de imprimir de Loreto.

De esta minerva improvisada salieron a la luz obras magníficas. Se imprimieron obras europeas como el famoso libro del Padre Nieremberg “De la diferencia entre lo temporal y eterno” así como se imprimieron manuales y vocabularios guaraníes, y obras escritas por indígenas conversos y cultivados como el antes mencionado Nicolás Yapuguay.

¿Pero dónde están estas obras, por qué no se las ve a menudo, cuántos ejemplares se imprimieron?

Acerca de la extrema escasez y rareza de los incunables guaraníes.

Cada expedición de misioneros que arribaba desde Europa, traía con ellos un importante cargamento de libros de filosofía, de teología, matemáticas, física, arquitectura, escultura y pintura, de literatura e historia. Cada pueblo contaba con su respectiva biblioteca. Así en Loreto había 315 ejemplares o en Candelaria, 3719.

En 1771, luego de la expulsión de los jesuitas, son inventariados un total de 10.700 libros. De dicha cantidad, deducimos de los expedientes, que cerca de un centenar de ejemplares estaban impresos en las misiones, lo cual demuestra la extrema escasez de estos incunables ya en ese entonces.

En la suma de todas las misiones no había más de ochenta clérigos **por lo que quizá, el tiraje de cada título no superara los cien ejemplares, pues suponemos coherente que se imprimiera un libro para cada monje y sacerdote**. Esto puede colegirse de que casi todos los impresos son manuales para uso de los catequistas misioneros del Paraguay, en guaraní, por lo cual no era necesario imprimir más cantidad para enviar al viejo mundo, y de enviarse, se lo hacía en cantidades irrelevantes.

De los 23 incunables guaraníes enumerados por Furlong en su “Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses”, de uno de ellos no se puede aseverar que haya sido impreso en las misiones. De los otros 22, **sólo se han descubierto ejemplares de 9 títulos:**

Martirologio romano.

Garriga: “Instrucción Practica para Ordenar Santamente la Vida”.

J. de Palos y J. de Antequera y Castro: “Carta de Antequera”.

Restivo: “Manuale ad usum Patrum”.

Ruiz de Montoya: “Vocabulario de la lengua guaraní”.

Ruiz de Montoya: “Arte de la lengua guaraní”.

Yapuguay: “Explicación de el catechismo”.

Yapuguay: “Sermones y exemplos”.

Y el libro más importante de todos, el Nieremberg: “De la diferencia entre lo temporal y eterno”.

De estos nueve, el Padre Furlong hasta 1953, había rastreado y detectado 54 ejemplares en todo el mundo (muchos de ellos incompletos, restaurados o manuscritos). Suponemos que en la actualidad aproximadamente se conocen unos 80, y de casi todos ellos se tiene noticia desde mediados del siglo XIX. Fueron muy pocos los ejemplares descubiertos en el siglo XX. Es el caso del libro de Garriga, encontrado en Chile; el de Nieremberg, propiedad de un coleccionista de Buenos Aires; el “Sermones y exemplos” de N. Yapuguay, (encontrado en Cochabamba), ó el libro de Restivo “Manuale ad Usum Patrum” descubierto recientemente por quien les habla y del “Martirologio Romano” que en el año 2002 se encontró casi por casualidad un fragmento del libro en una vitrina de las Misiones de Chiquitos, en Bolivia.

Desde distintos aspectos se comprende y se explica el proceso de extinción de los impresos guaranícos. Por ejemplo, el clima de la región en donde fueron concebidos, absolutamente desfavorable a todo intento de conservación de cualquier objeto. La enorme humedad provocada por las altas temperaturas en un suelo arcilloso anegado por lluvias constantes, el vapor perenne conservado en la espesura de la selva higroscópica, y todo ese “ambiente de sótano”, como dijera Lugones refiriéndose a la fronda misionera, aquel “*lúgubre sudadero*”, crean obviamente condiciones ideales para una reproducción exaltada de mohos emolientes, toda clase de insectos xilófagos y dermestos, y la consabida oxidación y autodestrucción implícita en un papel fabricado en países secos luego trasladado a un ámbito de selva y pantano.

Entendemos que durante mucho tiempo estos ejemplares pasaron por manos neófitas en el buen trato del libro, lo que bien atestigua la copia de una carta que posee el estudioso y coleccionista Aníbal Aguirre Saravia, en donde el Pbro. Lóizaga, comisionado por de Angelis en el Paraguay para que le consiguiera impresos y documentos de las misiones, le informa a éste que los impresos se han hecho tan escasos debido a que la falta de papel llevó a los pobladores a usarlos para confeccionar barajas y papel para enrollar tabaco. Esto es entendible en el Paraguay de José Gaspar de Francia, si consideramos la falta de todo producto proveniente de Europa, Brasil y Buenos Aires, debido al proteccionismo que ejerciera su férrea dictadura durante veintiséis años (1814-1840).

Hay que tener en cuenta lo que el Arquitecto Ramón Gutiérrez afirma en un estudio [aún inédito] acerca de la Biblioteca de Candelaria, que luego de la expulsión de los jesuitas, y por indicación de Francisco Bruno de Zavala, Gobernador Interino de los treinta pueblos misioneros, se hizo un nuevo inventario de la librería en donde el Administrador de Candelaria, informaba que los libros “*no sirven de otra cosa que para su deterioridad y para precaver su total pérdida*”. Y agrega R. Gutiérrez que del total de los libros contabilizados, un alto porcentaje se encontraba comido por roedores o mojados por goteras, y dice: “*Aquí puede constatarse la degradación de los pueblos guaraníes bajo estos administradores capaces de concebir la ninguna utilidad de los libros como no sea su deterioro [...] En tiempos del ‘despotismo ilustrado’ su pérdida demostró la eficacia del despotismo y las deficiencias de la ilustración.*”

En 1801, Portugal había enviado tropas para apoderarse de los siete pueblos misioneros al este del Río Paraguay, contando con el apoyo de cierto número de indígenas, mientras otros apoyaban a los españoles y, los más, desertaban de una guerra que les era ajena.

El Imperio Portugués había destacado administrador de la provincia de Misiones a Francisco das Chagas Santos (*oficial de elevada cultura e ingeniero de mérito*), quien fuera el más

bárbaro enemigo de aquellos pueblos. Das Chagas lleva la devastación con sus sangrientos combates y persecuciones, iniciando una campaña metódica de destrucción masiva y haciendo demoler hasta los cimientos, en su presencia, las reducciones de Yapeyú, La Cruz, Santo Tomé, Santa María, San Javier, Mártires, Concepción, San José, Apóstoles y San Carlos. El botín obtenido constaba de seis mil caballos, muchos y riquísimos ornamentos de iglesia que equivalían a 750 kilogramos de plata, campanas, etc.. No se hace mención de ningún libro los cuales, sin duda, habrán quedado esparcidos por allí si no presa de las llamas.

Por supuesto España también contribuyó a la caída del “imperio jesuítico” así como nuestros criollos y patriotas cargan con sus culpas. Todos los bienes materiales y tesoros de las misiones fueron saqueados o destruidos por hordas de milicianos durante la Guerra Cisplatina (1825-1828). Durante ese oscuro período de la historia rioplatense, varias reducciones fueron usadas como cuarteles. El General Fructuoso Rivera (quien contaba con guerreros guaraníes y desertores portugueses entre sus fuerzas), invadió la margen oriental del Uruguay, arrasando siete misiones del Brasil. Al abandonar la región por mandato de las autoridades argentinas, tras la presión ejercida por las tropas lusitanas, acarreó familias enteras de guaraníes, miles de cabezas de ganado y sesenta carretas cargadas con esculturas, campanas y ornamentos de plata. Tampoco allí se menciona ningún libro capturado como tesoro.

En 1828, cuando el coronel Olivéiro José Ortiz asume el mando de las misiones al retirarse Rivera, refiere que *“nada más encuentra allí, uno que otro indio, como la sombra vagabunda y errante de una raza que se extinguía...”*

Sobre José Gaspar de Francia, Lugones cuenta que *“para no disgustar a los portugueses, cuya neutralidad convenía a sus designios [...] mandó a destruir todas las reducciones que la derrota de Belgrano entregó al gobierno paraguayo”* –y continúa- *“El régimen jesuítico se prolongó en el Paraguay hasta 1823, entrando los indios desde entonces a trabajar por cuenta del Gobierno, pero conservando la organización comunista. Ésta fue abolida por el General López en 1848, con el objeto de confiscar en su provecho los bienes de la comunidad, declarados fiscales, y semejante medida consumó la ruina del Imperio Jesuítico en el último de sus vestigios históricos”*.

Concluida esta era de estrago y desolación, y ya entrado el siglo XIX, comienza a despertarse entre varios intelectuales una ávida pasión bibliofílica por incunables rioplatenses, que **ya por ese entonces eran muy raros**, y los impresos guaraníes empiezan a ser atesorados y conservados.

Sabemos, por ejemplo, que el Coronel M. Dorrego poseía un ejemplar del “Arte y vocabulario” de Ruiz de Montoya. Sin embargo el primer gran coleccionista que adquiere este fervor por los *guaraníticos* es el sacerdote Saturnino Seguro (1776-1854) quien ya era poseedor de una vasta colección de manuscritos, mapas, planos originales y de innumerables objetos referentes a la flora, la fauna y la mineralogía argentina, y fuera donante del ejemplar del Manuale que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, al cual describía como de *“extrema rareza”*, al momento de la donación en 1819.

D. Pedro de Angelis reunió la biblioteca más valiosa que hasta entonces se conociera en el Plata. Uno de los temas en que más se interesó, fue el del Chaco y los lugares en que se asentaron las Misiones. Su archivo se formó en gran parte de obras referidas a la Provincia Jesuítica del Paraguay. Basta con leer el catálogo (1853) de venta de su biblioteca para comprender la enorme importancia de la misma.

De Angelis, que por supuesto tenía clara noción del valor y rareza de su colección, eliminó del catálogo de 1853 las obras referentes a lenguas indígenas, es decir, lo que más apreciaba, *“la parte más valiosa de su biblioteca”*.

Otro gran coleccionista fue el General Bartolomé Mitre (1821-1906), quien con gran dedicación y esfuerzo, reunió una riquísima colección sobre lingüística aborígen americana, que

en 1875, contaba con *“doscientos volúmenes sobre las lenguas indígenas de ambas Américas, en que están incluidas las primitivas ediciones de las gramáticas y diccionarios de los misioneros”*, y de la cual aseguraba en 1893: *“mi colección de lenguas americanas es tal vez una de las más completas que existen en su género, y por eso me empeño en enriquecerla”*. Uno de los medios para lograr su cometido, era el de servirse de agentes que le buscaban libros en guaraní, aquí y en el exterior [Martín de Moussy, Paolo Mantegazza y Ferdinand Denis], especialmente un ejemplar de la Historia Natural del Chaco del P. Jolís, *“aunque -decía- lo creo raro”*. Moussy, en 1864 le respondía que no se encontraba en comercio y que el único ejemplar existía en la Biblioteca Imperial de París, y agregaba: *“V.E, sabe además cómo desde diez años se van acabando todos los libros que tratan de la América del Sur”*.

Desde ese momento y hasta el día de hoy, las grandes bibliotecas del mundo comienzan a coleccionar los “guaraníticos” por considerarlos verdaderos tesoros, adquiriendo todo impreso o manuscrito relacionado con los Jesuitas y las Misiones del Paraguay.

Aún hoy, es material sumamente escaso en los grandes reservorios [Bibliothèque Imperial du Paris, British Library, Biblioteca Nacional de España, Biblioteca del Ibero-amerikanisches Institut (Berlín), Musée de l'Homme (París), Smithsonian Institution, Nettie Lee Benson Latin American Collection (University of Texas), Library of Congress (Washington), The Morgan Library (New York), etc.] Seguramente, es la John Carter Brown Library, de Providence, la biblioteca pública que reúne mayor cantidad de guaraníticos.

Efectos de la aparición de la imprenta en la Europa del S.XV, así como en la América indígena del S.XVI.

Por último, quisiera destacar la importancia de este verdadero renacer de la imprenta. Ya hemos mencionado varias veces el término “minerva” y sabemos de esta manera referirnos a una máquina para imprimir, pero me he puesto a pensar en las implicancias de este término; por qué *minerva*: Minerva es la diosa romana identificada con la helénica Atenea, hija de Zeus y Metis. Cuando esta se hallaba encinta y a punto de dar a luz, Zeus se la tragó. Lo hizo por concejo de Urano y Gea, quienes le revelaron que si Metis tenía una hija, de ella tendría un descendiente que le arrebataría a Zeus el Imperio del Cielo. Llegado el momento del parto, el padre ordena a Efesto que le abra la cabeza con un hacha. De allí surge Pallas Atenea, una joven completamente armada, nuestra Minerva romana. Los atributos de ambas son semejantes: son diosas guerreras, justas y presiden toda actividad intelectual, cultural y escolar. Pues la imprenta, la minerva, una guerrera utilizada por los hombres como la herramienta más poderosa de transmisión de ideas y por ello, un arma implacable.

Esto fue lo que pasó en la Europa renacentista. El paso de la Edad Media al Renacimiento es más que una convención didáctica, es un proceso larguísimo de transición entre un mundo de producción de capitalismo feudal hacia un mundo de producción capitalista, es decir, la consolidación de una burguesía comercial y de un artesanato urbano que trae consigo, entre otros beneficios y nuevos males, la masificación de la imprenta, recientemente aparecida. Así, el pueblo tiene alcance a la cultura y a la diversificación de las ideas (especialmente teológicas en ese entonces) y tiene en sus manos el poder de la discusión. Los intelectuales descubren la posibilidad de publicar sus hipótesis y esto es muy tenido en cuenta por las cúpulas de poder. Por ejemplo, cuando Maguncia es saqueada en 1462 por Adolfo Nassau, una de sus principales medidas es la inmediata prohibición de las imprentas. Es por eso que los impresores emigran y la imprenta comienza a difundirse por Europa durante las siguientes tres o cuatro décadas y llega a América, concretamente a México, en 1539 y recién en 1638 llegaría a América del Norte. Pero los reyes y príncipes renacentistas invocan el derecho de “privilegio real” y sólo

autorizan imprentas “controladas”. Así, la Bula Papal de 1487, prohíbe la impresión de cualquier bula que no salga con permiso eclesiástico, en 1515 el Concilio de Letrán reafirma el contenido de aquella bula, en 1521 se prohíben en España, Francia y Alemania los libros proscritos por la iglesia, en 1542 se instituye la Congregación del Santo Oficio, una de cuyas atribuciones es la de estudiar y condenar los libros heréticos o inmorales, en 1559 se publica el primer Índice Romano de Libros Prohibidos o en 1564, el Concilio de Trento publica la Bula de Pío IV con un catálogo de las lecturas prohibidas haciendo especial hincapié en la lucha contra el protestantismo. En 1587, el Papa Sixto V, mandó cortar la mano de Annibale Capello, después ordenó que le cortaran la lengua y lo hizo ahorcar con un letrado en el que constaba que lo tenía merecido por falsario y calumniador.

Pese a todo, la imprenta, la *minerva*, se abre paso y transgrede. La lucha entre católicos y luteranos, fue un gran movilizador para la agilización del crecimiento de la imprenta. Su eficacia apologética o vilipendiosa fue incuestionable y el impacto del papel impreso fue extraordinario. Las palabras en letra de molde se apropiaban de la verdad y las imágenes ratificaban las palabras. En 1520, en su libro “*A la Nobleza Cristiana de la Nación Alemana*”, Lutero trata al Papa como el precursor del Anticristo y, un año después, en 1521, Melachton y Schewertfeger en su libro “*Passional Chirsti und antichirsti*” ascienden al Papa al grado de anticristo y publican allí unos grabaditos de Lucas Cranach en los que se ve tanto a Cristo elevándose a los cielos como al mismísimo Papa hundiéndose en el infierno. Como bien dice el teórico Vázquez Montalbán: para la mentalidad de los europeos del S. XVI, la mera posibilidad de leer y releer las discrepancias y de *comprobar* (entre comillas) la posibilidad de un Papa quemándose en el averno a través de una representación plástica, debió haber tenido una eficacia persuasiva aplastante, de hecho, hoy también la tiene. Por lo tanto, bien podemos imaginar el efecto que debió haber causado entre los guaraníes del mismo siglo, el haber podido observar atónitos imágenes como las del Nieremberg.

Recordemos: cuando el padre Ruiz de Montoya pide en España una cantidad de armas de fuego y espadas para armar un ejército entre los guaraníes, el imperio se las obsequia sin reparos sin embargo, cuando implora por una imprenta, nunca se la conceden. Es sugestivo: quizá los imperios prefieran súbditos armados a súbditos instruidos.

Lucio Aquilanti

fernandezblanco@sinectis.com.ar

Asociación de Libreros Anticuarios de Argentina:

alada@sinectis.com.ar